

En cuanto á la política es asunto de que todos se tienen aun mejor informados; y como cada uno considera sus intereses privados más ó menos ligados con ella, ninguno vacila en declarar decididamente su parecer, aun las mujeres, cuya copiosa elocuencia es más digna de admiración que la exactitud de su lógica. Imposible será que evites mezclarle en estas conversaciones, porque casi nadie puede conseguirlo; pero ten cuidado de hacerlo con frialdad y con mucho buen humor; y cuando vieres que la compañía comienza á enardecerse y á gritar por el bien de la patria, permanece silencioso, á menos que no te interpongas por medio de alguna broma agradable que restituya el buen humor de la sociedad. No puedo menos de observarte que nada es más útil, tanto para quitarse de encima algún negocio embrollado y desagradable, como para desviarlo, que una chanza grotesca y placentera. Pero esta chanza no debe tocar los límites de las *chanzas pesadas*; debe ser ligera sin frivolidad, cuerda sin resabios de sentenciosa, y en fin, tener el *yo no sé qué*, que todo el mundo siente aunque ninguno puede explicar.

Durante algún tiempo tengo que suspender la continuación de estas cartas; pero como la materia es inagotable seguiré escribiéndolas de vez en cuando. Entretanto, vive persuadido de que un hombre que no agrada generalmente, es un ser nulo ó insignificante, y que los esfuerzos constantes para agradar llegarán á conseguirlo infaliblemente, ó á lo menos hasta cierto grado.

CARTA

DE

LORD CHESTERFIELD

Á SU AHUJADO Y HEREDERO

PARA QUE LA RECIBIESE DESPUÉS DE SU MUERTE.

MI QUERIDO AHUJADO.

Por mi testamento recibirás pruebas sólidas de mi estimación y afecto. Este escrito no contiene preceptos ni declaraciones de mi última voluntad, sino mis ruegos más ardientes por tu solo bien, ruegos que por tu gratitud á mis pasados desvelos, por tu buen corazón y por tu sensatez, me persuado observarás puntualmente como si alguna ley te obligase á hacerlo. No son los dictados de un viejo áspero y regañón que pretende dar buenos avisos cuando ya no puede dar malos ejemplos, sino los consejos de un amigo, y aun debiera decir padre, tierno é indulgente, y el resultado de la larga experiencia de quien ha trotado continuamente por los senderos de la vida, consejos calculados con el solo fin de asistir y guiar tu inexperta juventud.

Probablemente heredarás muy pronto mi título y mis posesiones, y á una edad en que serás menos propio para conducirte con discreción que cuando sólo tentas diez años. Bien sé que esta es una verdad muy desagradable para un joven vivo y alegre, y que apenas le darás crédito; pero es, sin embargo una verdad, y una verdad que sinceramente deseo, aunque racionalmente no lo puedo esperar, vivas firmemente convencido de ella. En aquel crítico período de la vida, las pasiones peligrosas son turbulentas y vehementes, y sofocan toda reflexión; los alientos

son fuertes y los ejemplos generalmente malos. Es un estado de continua embriaguez durante seis ó siete años por lo menos, y seguido frecuentemente de fatales y permanentes consecuencias, tanto para el cuerpo como para el alma. Considérate pues como ebrio, y así como los ebrios cuando bambonean se agarran de la primera cosa que se les presenta para sostenerse, apóyate, mi querido ahijado, en las barandillas de mi experiencia. Espero que ellas impedirán que caigas, aunque á veces no podrán impedir que bambonees un poco.

Sabiendo que te hallas enteramente instruido de tus deberes religiosos y morales, no te diré nada de ellos. Espero que los observarás escrupulosamente, porque si así no lo haces no serás feliz en este mundo ni en el otro.

Quiero suponerte de veintitún años de edad, y acabado de llegar de tus viajes, mucho más lleno de fuego que de instrucción. Las primeras impresiones que hicieres sobre tus compatriotas á tu primera aparición en el gran teatro del mundo, son de infinita consecuencia y grandemente decisivas sobre tu futura reputación. Serás primeramente examinado por el gran jurado de Middlesex, y si su sentencia te fuere contraria, no debes esperar una decisión muy favorable de los otros jueces que te juzgarán de nuevo en el parlamento.

No adoptes un tren ostentoso ni relumbrante, ni afectes otro muy sencillo: deja que tu tren sea el de un joven sensato, y no el fastuoso de un joven heredero irreflexivo; una profusión y un aparato frívolos te rebajarán en la opinión de la parte más cuerda y racional del género humano. Nunca uses vestidos excesivamente ricos; procura que sean tan finos como lo requiera tu edad y tu rango, y no te distingas por ninguna magnificencia extraordinaria ni ninguna singularidad en la ropa. No procures brillar por alguna frívola circunstancia, pero brilla en el conjunto, por la unión de las grandes y buenas cualidades, acompañadas de las prendas amables, de las maneras, el garbo y la destreza.

Á tu primera aparición en la ciudad adquiere cuantos conocimientos te agradare, y mientras más numerosos mejor, pero durante algún tiempo no contraigas ninguna amistad. Detente un poco y observa el carácter de los jóvenes con quienes necesariamente debes tener más ó menos trato; pero no te relaciones intimamente sino con aquellos cuyo carácter moral fuere inmaculado; porque no hay dicho más verdadero que el de *dime con quién andas y te diré quién eres*; y es también igualmente cierto

que cuando un hombre de juicio contrae amistad con un bribón ó con un chocarrero, tiene algo malo que hacer ó que ocultar. La buea reputación de un hombre no puede menos de sufrir alguna mancilla por el frecuente trato con otro de mala fama.

No te dejes seducir de la palabra *energía*. Un hombre *enérgico*, en la común aceptación de la palabra, es, en resumidas cuentas, una criatura dotada de fogosos espíritus animales con poco entendimiento; colérica, testaruda, capciosa, celosa de su honor mal entendido, sospechosa de pretendidas ofensas, y lo que es peor, pronta á pelear en defensa de sus desatinos. Evita esta clase de compañía, y conténtate con una firmeza fría y una firme resolución. Te diré de paso que una mujer *enérgica* es, *mutatis mutandis*, el duplicado de este hombre *enérgico*: una regañona audaz y vocinglera.

Poco te diré contra el juego porque mi ejemplo te grita altamente NO JUEGUES. El juego es más bien una rabia que una pasión; te acometerá en todos tus placeres racionales, y quizá con alguna mancilla en tu carácter, si te aconteciere ganar; porque todo el que juega fuerte necesariamente pierde su dinero ó su reputación. Yo he perdido grandes sumas en el juego, y siento haberlas perdido; pero ahora sentiría mucho más haberlas ganado. Tal como he sido sólo puedo ser acusado de locura, y me confieso culpable. Pero como en el curso común de la vida te verás á veces obligado á jugar en juegos de sociedad, observa estrictamente esta regla: nunca te sientes á jugar con hombres solamente, sino procura que una ó dos mujeres sean partícipes en aquella diversión, y de este modo la pérdida ó la ganancia no será considerable.

No te apresures á casarte; miralo bien antes, porque el negocio es importante. Dos son los móviles del matrimonio, amor ó dinero. Si te casas por amor, tendrás ciertamente algunos días muy dichosos, y probablemente muchísimos desasosegados, y si por dinero, no tendrás días dichosos y probablemente no desasosegados; en este último caso procura que la mujer sea á lo menos de una condición que te permita vivir con ella de una manera decente y amistosa, porque de otra manera es un robo; en ambos casos procura que su carácter sea inmaculado, y libre de toda sospecha, y su rango no muy inferior al tuyo.

Indudablemente serás, luego que regresares á Inglaterra, miembro de una de las cámaras del parlamento; allí es donde debes hacer esfuerzos para distinguirte como orador. La empresa no es

muy ardua si tienes sentido común, como creo lo tienes, y aun bastante juicio. Los *Pedarii Senatores*, sólo conocidos por sus pies y no por sus cabezas, han sido siempre objetos del desprecio general. Si en tu primera, segunda ó tercera peroración no fueres feliz, ó te detuvieres en tu discurso por el temor ó inquietud que todo hombre modesto siente en semejantes ocasiones, no te desanimés; persevera, y al fin lo lograrás. Para el hombre dotado de ciertos dones y conocimientos, el perorar es una treta, que con el uso puede ciertamente adquirirse. Debo sin embargo, agregar esta precaución: que nunca escribas de antemano tus discursos; si lo haces podrás ser tal vez un buen declamador, pero nunca un buen controversista. Prepara y digiere bien tu materia en tu pensamiento, y *verba non invita sequantur*. Pero si propiamente puedes introducir en tu discurso uno ó dos períodos declamatorios que despidan brillo y que los oyentes puedan retener en su memoria, como los trozos favoritos de alguna ópera, el efecto será bueno. El finado Lord Bolingbroke se había acostumbrado tanto á la elocuencia florida, aun en su conversación ordinaria, cosa que todo el mundo puede conseguir con un poco de cuidado, que sus discursos realmente improvisados parecían estudiados. Lord Mansfield era en mi opinión el que más se le acercaba en elocuencia natural, pero M. Pitt llevaba consigo, sin premeditación, la fuerza del trueno y el brillo del relámpago. La mejor materia del mundo, mal dispuesta y relatada sin gracia, no agradará nunca. La convicción y la conversión son fuera del caso en ambas cámaras, pero el que más agradare se les acercará más. En la oratoria como en todas las otras cosas, debes pagar homenaje á las gracias. Procura ser muy modesto en tu exordio, y tan nervioso como puedas en tu peroración.

Apenas puedo decidirme á encargarte que evites la bebida, porque estoy persuadido que escribo á un ser racional, á un caballero, y no á un marrano. Con todo, para que insensiblemente no seas arrastrado á la bestial costumbre de beber, ó de sólo tomar traguitos, te aconsejo que no seas miembro de ningún club, sea el que fuere. El objeto de todos los clubs es beber ó jugar pero generalmente ambas cosas. Un miembro de un club en que se bebe, no está ebrio siempre; quizá lo está rara vez, pero ciertamente nunca está cuerdo del todo, y al día siguiente se mira indispuerto con la intemperancia de la noche anterior. Un miembro de un club en que se juega, ha de ser un tramposo si no quiere ser pronto un mendigo.

Tú querrás y deberás tener algún empleo en la corte. Es la mejor escuela para adquirir buenos modales, y digan lo que quisieren las gentes ignorantes, no reinan en ella más vicios que en las aldeas; la naturaleza humana es por todas partes la misma; los modos difieren únicamente. En una aldea son groseros, y en una corte urbanos; como los diferentes vestidos en ambos lugares, bayeta en el uno y terciopelo en el otro.

No seas cortesano servil ni patriota bullicioso; la costumbre, que gobierna el mundo en vez de la razón, autoriza cierta latitud en materias políticas no siempre consistente con la más estricta moralidad, pero en todo caso recuerda *servare modum, finemque tueri*.

Muéstrate no sólo sensible y celoso de tu carácter moral sino también de tu carácter político. En tus contiendas políticas necesariamente debes crear algunos enemigos, pero procura que sólo sean enemigos transitorios y no personales. Observa tus principios políticos con firmeza, pero sin censura personal ni acrimonia y maneja te con los que no pensaren como tú, con toda la urbanidad y buen humor de un caballero, porque en el frecuente revoltillo de átomos políticos, los hostiles y los amistosos cambian de lugar á menudo.

En los negocios procura ser tan hábil y sagaz como pudieres, pero nunca emplees el artificio; el artificio es el santuario de la incapacidad. Todo el mundo puede ser artificioso usando la doblez, la simulación y en fin la mentira; pero tal carácter es despreciado y detestado universalmente, y con mucha razón. Ningún hombre verdaderamente grande ha sido artificioso. Conserva la dignidad de tu carácter por medio de tu virtud y de tu veracidad. De ninguna manera te hallas obligado á manifestar todo lo que sabes ó piensas, pero si te hallas obligado por todos los lazos sagrados de la moral y de la prudencia, á no decir jamás una cosa contraria á lo que conoces ó piensas ser verdadero. Sé dueño de tu semblante, y no dejes que lo lea cada necio que pasa. Una de las reglas fundamentales de la política italiana, y casi la única recta, es, *volto sciolto e pensieri stretti*, semblante abierto, y pensamientos ocultos.

Nunca te muestres orgulloso de tu rango ó nacimiento, pero sé tan orgulloso como puedas de tu reputación y de tu carácter. Nada es tan contrario á la verdadera dignidad como la primera clase de orgullo. Cierto es que tú eres de una familia noble, pero si es ó no muy antigua no lo sé, ni me interesa saberlo ni á tí

debe tampoco interesarte, y me atrevo á decir que hay veinte necios en la cámara de los Lores que pretenderán una descendencia más antigua y más noble que la tuya. Esta especie de orgullo majestuoso, sirve de burla á las gentes sensatas; á la vez que la dignidad de carácter es respetada de todo el mundo. Si por desgracia tuya tuvieses vicios, puedes, hasta cierto grado, dignificarlos, observando estrictamente el decoro; y de este modo perderán á lo menos algo de su natural vileza.

Evita cuidadosamente cualquiera singularidad que se preste al ridículo, porque á pesar de Lord Shaftesbury, aunque no se funde en la verdad, se te pegará por algún tiempo, y si te lo aplica una mano diestra se te pegará tal vez para siempre. Sé más discreto y más cuerdo que tus contemporáneos, pero aparenta tomar el mundo tal cual es, y los hombres tales cuales son, porque tú eres muy joven para ser un *ensor morum* lo cual te haría objeto de ridículo. Obra en sentido opuesto á muchos párrocos: practica las virtudes, pero no las prediques mientras fueres joven.

Si ocupares algún puesto distinguido en la corte, cuida sobre todo de conservar tus manos limpias y puras del infame vicio de la corrupción, vicio tan infame, que degrada aun á los otros vicios que puedan acompañarlo. No aceptes presentes ni donativos de ninguna especie; deja que tu carácter bajo este respecto sea transparente sin la menor mácula, porque así como la avaricia es el vicio más vil y degradante en la vida privada, del mismo modo lo es la corrupción en la vida pública. Yo llamo corrupción el tomar cuatro ó seis dineros más, que el justo y señalado salario de un empleo, bajo pretexto de ninguna clase. Usa el poder y crédito que pudieres disfrutar en la corte en servicio del mérito antes que en el del parentesco, y no procures pensiones ni rentas para tí ni para tu familia, porque yo llamo á esto también, lo que realmente es, una contaminación escandalosa.

Nunca adquieras deudas porque esto no es justo ni prudente; por el contrario vive de tal modo dentro de los límites de tu renta anual, que te quede una suma suficiente para beneficios generosos y caritativos. Da con nobleza al mérito indigente, y no niegues tu caridad aun á los que no tienen más mérito que su miseria. Voltaire expresa mi pensamiento mucho mejor que yo:

*Répandez vos bienfaits avec magnificence,
Même aux moins vertueux ne les refusez pas.*

*Ne vous informez pas de leur reconnaissance.
Il est grand, il est beau, de faire des ingrats.*

Tales desembolsos te harán más honor y te procurarán más placer que la fútil profusión de un lujo á la moda.

Recibirás este escrito de manos del Doctor Dodd cuando regresares de tus viajes, probablemente cuando yo llevaré algún tiempo de estar en la eternidad. Léelo con reflexión y deliberación, como el tierno y postrer testimonio del cariño que te profeso. No contiene los severos y desfallecientes dictados de un pariente anciano, sino los amistosos y sinceros avisos de un allegado, que recuerda haber sido joven él mismo, y conoce la indulgencia debida á la juventud y la inexperiencia. Sí, fui joven, y aun lo fui demasiado. Disipaciones vanas é innumerables indiscreciones, de que ahora cordialmente me arrepiento y avergüenzo, caracterizaron mi juventud. Pero si mis consejos pueden hacerte más juicioso y mejor de lo que yo fui á tu edad, será, así lo espero, una ligera expiación de mis errores.

Dios te bendiga.

CHESTERFIELD.